

Una interpretación psicológica de Martí

Aníbal Rodríguez

Umbral

Hablar de una vida ya ida es, para el psicólogo que quiere ser riguroso, tarea de mucho cuidado. El análisis de los datos significativos y del valor expresivo de la conducta, así como la indagación que pretende desplegar una técnica de validez aceptable, fenómeno común en el actual tratamiento psicológico, afrontan aquí, como en todos los casos semejantes, peligros considerables. La vida que se investiga aparece cristalizada en hechos y consecuencias, ya formada y acabada desde el comienzo, completa dentro de su propio nivel, e incapaz de actuar para sugerirnos nuevos mensajes y orientarnos sobre el sentido de sus determinantes específicos. Siendo algo biológicamente muerto y completo, en el terreno de la búsqueda suele aparecer con la frescura de la cosa viva y palpitante de lo actual, capaz por tanto de obligarnos a penetrar por caminos sin retorno, que resultan definitivos. De aquí el cuidado, que es necesario multiplicar cuando nos damos cuenta de que esa existencia se entrega fragmentariamente desde varios mirajes discordantes: el que la vivió, la hizo y la dejó; los que la vieron, convivieron y tradujeron en su sensibilidad para trasmitirnos trozos del mensaje que contiene; y por último, el que la busca y encuentra, que está proyectando a pesar suyo sobre ella los matices que colorean su propia personalidad. En este caso, y siendo Martí el personaje por excelencia de la vida nacional cubana, corremos el riesgo de que las actitudes y estereotipos que la escuela y la cultura han formado a lo largo de nuestra vida, desintegren en concordancia

con un conocimiento popular, simple y algo difuso, la entraña palpitante que ya desde ahora estamos rebuscando.

Pero hay que correr todos los riesgos, porque de Martí es de quien más se ha escrito en Cuba, y no será nuevo lo que nosotros digamos, ni habrá quizás quien note su modesto alcance; y porque, en definitiva, a Martí lo llevamos muy adentro los cubanos, en un paladear que es íntimo regodeo para los que psicológicamente participamos de algunas situaciones desencadenantes comunes (y por comunidad queremos entender en este caso caracteres generales del pueblo cubano, tal como lo pensamos y sentimos). Solo conviene añadir a lo dicho la observación siguiente: sean cuales fueren las conclusiones que alcance este trabajo, ellas han de derivarse del hecho científicamente primario de que, para encontrar al hombre verdadero y sus determinantes psicológicos, hemos tenido que deshacernos del personaje, tal cual vive en el recuerdo y en la pomposa oficialidad de la nación. Deshacernos del personaje, no por innecesario, sino porque él es tan solo el índice de verdades más profundas, sencillas y humanas, y porque el hombre en este caso no es enteramente culpable del ropaje con que luego fue vestido, para regocijo de los más y consuelo de la simplicidad.

Martí representa en Cuba al héroe civil, es la estampa de las virtudes cívicas consideradas como *desideratum* del buen cubano, en tanto que otros personajes tienen a su cargo la ostentación de las virtudes militares y guerreras y la representación de las razas. A Martí se le enraíza en una larga línea de hombres de levita (nunca de chamarreta y machete), que nace por los tiempos del presbítero Caballero. Esto resulta significativo, desde el punto de vista del personaje, pero ya veremos cómo se ha olvidado muchas veces el hecho de que esa tradición no es unitaria, ni tan sencilla como parece, ni capaz tampoco de incluir íntegramente a Martí en su membresía, sobre todo por razones psicológicas. Pero ya que así lo tenemos vestido en este instante, con su levita y bombín correspondiente, dejemos que la imagen perdure a lo largo de estas páginas, ya que ella es la que mejor concuerda con el hombre que intentamos hacer brotar.

Hemos tenido a la vista algunos trabajos encaminados a desentrañar la psicología de Martí, desde diferentes ángulos; no diremos que lo hayan logrado a plenitud, tan difícil de alcanzar, y que tampoco lo pretendamos nosotros; pero de esta labor se desprende la conclusión de que es necesario, por lo menos en estos momentos, aplicar algunos conceptos de la psicología moderna para organizar y estructurar una imagen más cabal de José Martí. El psicoanálisis se ha utilizado con relativo éxito, debido más que nada a que existe en la vida de nuestro personaje una situación típica y jugosa para la psicología llamada profunda, y que se muestra con una intensidad y persistencia tan marcadas, que no pueden ser pasadas por alto. Pero es que a mi juicio toda una serie de determinantes que ha puesto en claro la psicología dinámica pueden ser encontrados aquí, sin que sea necesario adscribirse a la totalidad de una escuela psicológica, y si bien es cierto que muchos autores anteriores los han destacado, probablemente no se decidieron a darles el valor, el peso que realmente tuvieron en la formación y empuje de la personalidad de Martí. Pero vamos a empezar por el comienzo, ya de una vez, y presentemos a nuestro hombre.

La imagen de Martí

Escribe Diego Vicente Tejera, que lo conoció:

El simple aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua que a primera vista se asemejaba a la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquella, sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa a otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían al fin de cada jornada un resultado de asombrosa regularidad y provecho [...]. Era para compatriotas y extraños todo complacencia y abnegación [...]. Maravillaba el ver con qué frescura y buen humor, con qué viveza y abundancia, con qué verdadera inspiración abría y sostenía du-

rante largas horas una conversación que era en realidad incomparable. El que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana [...]. Qué variedad, qué gracia, qué elevación, qué fuego, qué nitidez, qué elegancia! ¿Había afectación en su manera de decir? Algunos lo creían; yo no: el atildamiento, el horror a la llaneza eran naturales en su temperamento soberanamente artístico [...]. La inteligencia de Martí era genial [...]. Veía tanto que al querer expresar lo que veía el idioma le faltaba y tenía que apelar a condensaciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio [...]. Su prodigiosa inteligencia tenía a su servicio una voluntad de hierro, tenaz, encarnizada, dominadora; voluntad que por la persuasión o por la fuerza se imponía y arrastraba.

Escribe el mexicano Carlos Díaz Dufóo, que lo conoció:

Tengo una impresión muy profunda de aquel hombre de mirada vivaz y ardiente, frente amplia, nervioso e inquieto. La palabra sale de su boca revuelta y desordenada; las ideas se atropellan, parece que están constantemente de prisa, que se están siempre despidiendo [...]. Hay mucha electricidad en aquel sistema nervioso y grandes reservas de energía en este espíritu pasional y vehemente. Martí me pareció como un caso clínico, un espécimen más que agregar a la obra de Lombroso. De estos neurotismos agudos surgen los profetas y los mártires, los héroes y los malvados...

Escribe Blanche Zacharie de Baralt, que lo conoció: “Era lo que llaman los americanos un *live wire*, un alambre vivo, alerta, erguido, cuidadosamente vestido, aunque a veces pobremente”.

Escribe Enrique Collazo, que lo conoció:

Era Martí pequeño de cuerpo, delgado; tenía en su ser encarnado el movimiento; era vario y grande su talento, veía pronto y alcanzaba mucho cerebro; fino por temperamento, luchador inteligente y tenaz, que había viajado mucho, conocía el mundo y los hombres; siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en hombre amable, cariñoso,

atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás, apoyo del débil, maestro del ignorante, protector y padre generoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó la democracia hasta el límite; dominaba su carácter de tal modo que sus sentimientos y sus hechos muchas veces estaban en contraposición. Martí era un hombre ardilla; quería andar tan de prisa como su pensamiento, lo cual no era posible; pero cansaba a cualquiera. Subía y bajaba las escaleras como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl, sin ropa; dormía en el hotel más cercano del punto donde lo cogía el sueño; comía donde fuera mejor y más barato; ordenaba una comida como nadie; comía poco o casi nada; quería agradar a todos y aparecía con todos compasivo y benévolo; tenía la manía de hacer conversiones, así es que no le faltaban sus desengaños. Era un hombre de gran corazón que necesitaba un rincón donde querer y donde ser querido. Tratándole se le cobraba cariño, a pesar de ser extraordinariamente absorbente. El partido revolucionario era Martí... Martí lo era todo, y ese fue su error.

Estos son los datos iniciales. Como puede verse, son muy ricas descripciones, plenas de rasgos expresivos y sintomáticos, aunque mezclados con juicios, adjetivos y enfoques que derivan del impacto causado por su personalidad sobre quienes le rodeaban. Descarnando lo accesorio e inauténtico, y lo que se añade por el observador, nos encontramos con un tipo de hombre que es físicamente bien definido, que en lenguaje vulgar llamaríamos delgado y nervioso, y aplicando rótulos científicos podríamos calificar de leptosoma asténico, taquipsíquico y taquiprágico, o sea de reacciones rápidas. Algunos autores han intentado definirlo en su biotipo, como O'Hallorans, que lo clasifica en el tipo cerebral de Rigaud; o Bernal, que lo llama "tipo humano neúrico o neural, abundante de secreciones internas" e "hipertiroideo". Pero en este terreno no hay manera de acabar nunca, ya que las clasificaciones tipológicas son innumerables, y siempre cabe la posibilidad de incluir a Martí en alguna de sus agrupaciones. Si aplicáramos, por ejemplo, la más moderna en el tiempo y en la concepción, la de Sheldon, hablaríamos de ec-

tomorfismo, pero como lo que más nos interesa no es su constitución somática, sino las características fundamentales de su personalidad, nos veríamos obligados en este caso a referirnos a la cerebrotonía, que es su correlato forzoso, o a la esquizotimia en el caso de Kretschmer, y así sucesivamente. Sin embargo, no nos parece legítimo hacerlo, porque aparte de las reservas que hoy se tienen sobre la validez de la psicología de los tipos, nos veríamos sumidos en una larga polémica surgida por la injusticia que supone aplicar generalizaciones tan drásticas a casos individuales aislados, mucho más si es un individuo de la talla insólita de Martí. Se ha escrito también acerca de la extraversión esencial de Martí, criterio más que discutible por cuanto la sociabilidad no es síntoma formante en el cuadro de Jung, según ha demostrado recientemente Eysenck, sino más bien una consecuencia, y todo ello dentro de un marco complejo que comprende las disposiciones interna y externa junto al carácter de las percepciones. Nosotros tampoco vamos a aplicar esta tipología, que abandonando el terreno somático se circunscribe a lo puramente psicológico, porque nos luce más importante intentar el hallazgo de los fundamentos básicos sobre los que se desarrolló esa personalidad que tan vivamente han descrito los que sintieron su influjo. Rasgos, por ejemplo, como la inquietud, la sensibilidad aristocrática, la inteligencia penetrante, la voluntad dominadora, la calificación de neurótico, y los contrastes que con tanta agudeza coloca Enrique Collazo bajo nuestra vista, merecen ser estudiados y explicados, sobre todo porque contribuirán a mostrar con cuánta facilidad, en los asuntos humanos, tomamos el rábano por las hojas.

Con lo que nace Martí

La primera cuestión que debemos plantearnos es la relativa al equipo nativo, heredado, con que biológicamente ha venido dotado Martí al llegar a este mundo. No vamos a perdernos en vaguedades tales como la descripción de los rasgos específicos que recibiera de su padre y madre, pues la información que poseemos es insuficiente, indirecta y de imposible comprobación. Sabemos, sin embargo, que en el temperamento y en la inteligencia entran en juego factores hereditarios, más en el

primero que en la segunda, aún cuando se nos oculta el alcance de su influencia. “El temperamento, dice G. Allport, se relaciona con los fenómenos característicos de la naturaleza afectiva del individuo, comprendiendo su susceptibilidad a los estímulos emocionales, la fuerza y rapidez habituales de sus reacciones, la cualidad de su humor predominante y las fluctuaciones de ese humor, siendo estos fenómenos dependientes de su constitución, en gran parte heredados”. Pero la herencia es un fenómeno de mucho fuste, sumamente complejo, cuyo contenido y estructura resulta materialmente imposible conocer en su totalidad, ya que numerosos rasgos y factores se entrecruzan en todas direcciones, representando no solo la supervivencia de los padres, sino la de gran parte de las generaciones anteriores. La existencia de una base constitucional del temperamento, representada por el sistema nervioso y las glándulas de secreción interna, cuya funcionalidad actúa sobre la sensibilidad y el tono afectivo del sujeto, hace más difícil aún la elaboración de conjeturas. Si Martí ha sido llamado un hipertiroideo, porque en este síndrome aparecen generalmente los caracteres de hiperreactividad del sistema nervioso autónomo, excitación, ansiedad e intranquilidad, nos pondríamos a buscar inútilmente los antecedentes biogenéticos de este cuadro, lo que constituiría una actitud simplista, que tropezaría con los mismos obstáculos que las interpretaciones tipológicas. La emotividad, la sensibilidad, la actividad infatigable, la excitación nerviosa de Martí tiene una base constitucional indudable, que puede ser atribuida al predominio simpático del sistema neurovegetativo, o a una disfunción endocrina, pero es indudable que existen otros factores que aparecen en el transcurso de su vida, que van a condicionar, transformándolo y exagerándolo en algunos casos, este fondo nativo.

La inteligencia también viene en buena parte por la vía hereditaria, aún cuando esto no esté tan claro como en el caso del temperamento. La tesis de Galton sobre los genios hereditarios, al chocar con la posición de los ambientalistas radicales, que todo lo fían a la influencia externa, ha dejado abierta una puerta ecléctica a la justificación conjunta de ambos factores. La inteligencia de Martí sabemos que era rápida, brillante y profunda, de una potencia extraordinaria; y si suponemos que en alguna

medida fue heredada, en lo que ayuda la tesis de la alternancia de las generaciones, que salva las diferencias existentes entre la capacidad intelectual demostrada por los padres y la de los hijos, también podemos afirmar legítimamente que fue desarrollada al máximo de su posibilidad por las circunstancias de su vida; lo que, por otra parte, permite achacar a un ambiente desfavorable la normalidad o mediocridad mental de sus progenitores. Aquí encaja perfectamente la tesis psicoanalítica que, por boca de Anna Freud, señala que “cada vez que se acrecientan las cargas instintivas, automáticamente aumentan también los esfuerzos del yo para elaborar intelectualmente los procesos instintivos; el peligro instintivo aguza la inteligencia”, mientras que “en los períodos de tranquilidad de la vida instintiva, exentos de peligro, el individuo puede permitirse un cierto grado de estupidez”.

Nosotros no hablaríamos de instintos, sino de motivación y de conflicto de motivos; pero de todas formas es un hecho real que en las situaciones críticas el individuo se ve forzado a desplegar al máximo sus capacidades. Lo que no está tan claro, a nuestro juicio, es por qué la inteligencia en Martí alcanza un rango tan elevado que lo hace superior a esa entelequia científica que llamamos el hombre medio, y que aún cuando no pueda ser medida en cocientes de inteligencia ni rangos de percentil, es justo situarla en la categoría de “genial”, no según la categoría creada por Terman, sino mediante la terminología que en Galton significa “hombre que alcanza la posición de uno en un millón”. Sin embargo, la genialidad no parece ser solamente cuestión de inteligencia, y tendremos necesidad de volver sobre este tema para convencernos de los merecimientos que tiene nuestro personaje para ser incluido en ella.

El carácter es otro ingrediente de la personalidad que se ha destacado por los estudiosos de Martí, a veces con la volubilidad con que se emplean los adjetivos supersónicos. Se ha intentado comparar el carácter de Martí con el de su padre don Mariano, estableciendo inclusive lazos hereditarios, con lo que han confundido temperamento y carácter. Porque el carácter, en definitiva, no se hereda, sino que se forma e integra con las tendencias todas de la personalidad, en el sentido de la coherencia, la unidad y la definición. Tanto si aceptamos la posición

de Roback, que lo identifica con “una disposición psicofísica permanente a inhibir los impulsos de acuerdo con un principio regulador”, como si suscribimos la tesis de Allport y Stagner, que subrayan el aspecto social y la función de “código moral” que tiene, estamos frente a una entidad que surge desde dentro de la vida individual condicionada por numerosas circunstancias. No es el mal humor, ni el buen humor, ni la dureza o blandura afectivas lo que define al carácter, sino al temperamento; es aquella tenacidad e inflexibilidad que vimos en la descripción inicial de Martí, y que significa la identificación del individuo con alguna de sus tendencias o motivos, mediante la cual se logra el control de los diversos factores que integran la personalidad.

El carácter, por sí solo, no es nada, se desvanece, porque le falta la materia prima con que actúa; en esto se parece a la voluntad, con la que se confunde, y que ha dejado de ser el misterioso “fiat” de que nos hablaba W. James para convertirse en expresión de un problema típico de motivación e identificación consciente, y en última instancia en un factor numérico, el factor “W”. El carácter y la voluntad en Martí se manifiestan como saturación en factor “W”, que viene a ser tenacidad, persistencia, pero que no puede ser comprendido sino mediante la visión completa de su personalidad, ya que no es algo añadido que Martí “pone” sobre su vida, sino que brota justificadamente de su historia individual y de su circunstancia, como será posible comprobar.

Resumiendo, podemos decir que aún cuando hemos constatado la tremenda riqueza constitucional con que está dotado Martí, desde el punto de vista del temperamento y la inteligencia, no hemos encontrado el origen de sus manifestaciones, que producen donde solo había un hombre genial, a un ser casi místico, de espíritu apostólico y vida sacrificada. Es necesario avanzar, pues, por entre la historia de nuestro personaje.

La circunstancia familiar de Martí

Hoy día nadie discute la enorme influencia que tiene la familia en el desarrollo psicológico del individuo. Los psicoanalistas la consideran como una especie de nudo gordiano, clave de la evolución del sujeto, en tanto que investigaciones de otra clase

han demostrado la relación íntima que existe entre el ambiente familiar y las actitudes, estabilidad emocional, autosuficiencia, moral, disciplina y otros rasgos de la personalidad.

La familia de Martí es una familia española, como podría ser cubana, ya que son consideradas como semejantes. La familia española presenta características generales, muy firmes en aquella época, que integran un modelo común en Europa. Es una familia patriarcal, de molde romano evolucionado, que tiene al padre como autoridad dominante sobre la madre y los hijos. La esposa-madre de esta familia, señala L. Nelson, está subordinada al padre, pero al mismo tiempo se espera de ella que sea ejemplo de conducta virtuosa y modesta, cualidades que tienen la función a su vez de despertar reverencia y respeto por parte del hombre. Una doble norma de moralidad se aplica a las relaciones familiares: la deslealtad del esposo es fácilmente perdonada, aunque se impone una estricta exigencia de virtud a la mujer. El código civil español hace al hombre protector de su mujer, al que ella está obligada a obedecer. La mujer disfruta por reflejo de los honores que recibe el marido, y puede conservarlos en tanto no contraiga nuevo matrimonio, lo que es una típica característica patriarcal. Los hijos, finalmente, están sujetos por completo a la voluntad de los padres, sin protección ni garantía por parte del Estado.

A diferencia de la familia americana moderna, por ejemplo, donde existe un ambiente más democrático, en esta familia a la europea el padre es el único actor, y los restantes miembros los espectadores; no existe más consideración a la formación de la personalidad de los hijos que la que se deriva naturalmente de la estructura personal de cada padre, que modela a su antojo el ambiente familiar. La autoridad y la disciplina a veces son duras, pero aunque no lo fueran, el hecho de que se reconozca culturalmente su existencia y su valor, gravita ya sobre el carácter de las relaciones entre padres e hijos. La autoridad paterna se ejerce en la familia no solo en forma que se ajusta a las normas culturales vigentes, sino también según las necesidades emanadas de la propia personalidad y de los conflictos que en ella se produzcan. Por ejemplo, el sentimiento de inferioridad por parte del padre, o la necesidad de dominar,

o bien el desplazamiento de la hostilidad originada por alguna barrera imposible de vencer, pueden ocasionar la intensificación de la autoridad normal ejercida sobre el hijo. Así como las gallinas, en el clásico experimento de Katz, escalonaban su picoteo agresivo desde la más fuerte hacia la débil e indefensa, así el hombre que soporta el rigor autoritario fuera del hogar, tiende a desembarazarse del resentimiento que esta situación le produce descargándolo por vías lícitas sobre quienes le están subordinados forzosamente, como son los hijos.

El ambiente familiar de Martí no constituye una exageración del cuadro que hemos descrito, pero sí su fiel reflejo. La familia Martí-Pérez encaja perfectamente en la moral de la época, que establecía el patriarcalismo autoritario, concentrando todo el poder en las manos del jefe del grupo, que era quien decidía libremente su destino. No hay indicio alguno, por lo menos que sepamos nosotros, que permita suponer la atenuación de estos caracteres durante toda la infancia del apóstol. Pero existe, por el contrario, la evidencia de que los factores de la personalidad del padre, que hemos mencionado más arriba, contribuyeron decisivamente a agravar la presión de la autoridad paterna sobre los hijos.

Don Mariano Martí padeció durante su vida de constantes frustraciones en los motivos de seguridad y ascendencia o preavalecimiento, que acumularon en su alma una buena dosis de resentimiento y hostilidad. Como soldado, hubo de soportar los rigores del poder absoluto, que exige una sumisión también completa y avasalladora, hipertrofiados en la milicia española; en la vida civil, sufrió constantes fracasos, mostrándose incapaz de mantener siquiera a la familia en el nivel económico que tiene cuando el matrimonio se efectúa, ofreciendo el espectáculo de una lenta pero inexorable decadencia. Las huellas de tanta frustración aparecen constantemente en las alusiones que la esposa hace en sus cartas al hijo ausente. Tomamos de tres de ellas, fechadas en los años 1881 y 1882 los siguientes párrafos: “Tu padre no se determina a decirte nada, cree decir más callando”. “De tu padre nada, que está de muy mal humor...”. “Tu padre es el que dice que bastante sabes tú de él para que tenga necesidad de decirte nada más, porque como tiene mal humor no sabe escribir nada bueno”.

Este padre amargado por los fracasos, consiente al principio, cuando todavía lucha con esperanza y confianza, en restringir su autoridad sobre el hijo permitiendo a la madre, al padrino Arozosa y al mentor Mendive, la responsabilidad de orientar su educación, concesión que incluye la limitación de las obligaciones que esta tarea le impondría. Sin embargo, tan pronto lo cree necesario, exige la colaboración del adolescentes en los trabajos que sirven para el sustento de la familia. La exigencia de obediencia es absoluta, como cuadra a las normas culturales de la época, y puede llegar, como llega, hasta la compulsión física cuando por un acto de afirmación de sí, el hijo adolescente hace peligrar el dominio férreo del *pater familiae*. Dos personalidades fuertes, una culturalmente dominante, otra afirmada vitalmente, se enfrentan en esta ocasión, y el predominio de aquella que se apoya en la tradición y la costumbre causará no solamente las marcas de los azotes, sino lesiones invisibles pero indelebles en la fina sensibilidad del hijo sometido. Es el episodio del suicidio proyectado, que Martí describe en carta memorable a Mendive.

Esta tétrica pintura de un cuadro familiar harto frecuente no debe ser exagerada en sus matices pesimistas, porque tiene también su lado color de rosa, su aspecto satisfactorio. Don Mariano Martí actuaba como cualquier padre de la época, siguiendo los canales que su cultura le había mostrado, aunque con el ritmo y la fuerza que su personalidad y sus circunstancias le hacían forzoso. En su actitud, como en general parece ocurrir en las relaciones familiares, están interviniendo constantemente la hostilidad y el afecto. Pero el factor que tiende a producir envidia y aversión hacia los hijos, apunta Flügel, va dejando el campo a un segundo factor, que se hace más fuerte a medida que el hijo crece: este factor implica amor, orgullo y alegría por sus éxitos. Así ocurrirá a la postre en el caso de don Mariano Martí, aunque nosotros como cubanos no debemos de lamentar mucho el aspecto trágico de la historia que hemos relatado, porque en definitiva este padre dominante, en inconsciente colaboración con las autoridades españolas, le hizo un gran bien a Cuba: hicieron de Martí un revolucionario.

Las consecuencias de la actitud autoritaria del padre se reflejan inevitablemente en la personalidad del hijo, donde dejan

profunda huella. Además de la inestabilidad emocional, inseguridad y nerviosidad que aparecen enseguida, el niño tiende a desarrollar una actitud negativa frente a la autoridad en cualquiera de sus órdenes, familiar o nacional, a menos que no encuentre otro recurso psicológico para hacerle frente, y prefiera asimilar la actitud paterna mediante el desplazamiento y la identificación.

El factor llamado actualmente “R”, o sea radicalismo, o tendencia al cambio y la variación, o inconformidad con una situación socialmente dada, y que significa una actitud revolucionaria, no es consecuencia de la inestabilidad emocional, como han pretendido hacer ver algunos conservadores y reaccionarios, sino que está ligado más bien al rechazo inconsciente de la autoridad paterna, reforzado por otras circunstancias ambientales, como son las económicas. Para los psicoanalistas, tiene a la base la hostilidad hacia los padres:

Apenas cabe dudar —escribe Flügel— de que mucha de la general resistencia e intolerancia a la autoridad exhibidas por ciertos individuos o, en ocasiones, por grupos enteros de una comunidad (o aún por todo un pueblo), derivan de la fuerza motivadora de la persistencia inconsciente de esta índole de odio a los padres.

Desde luego, esto aisladamente parece dar una base insuficiente para explicar el origen de la actitud revolucionaria. Un segundo motivo, presente en Martí, es la pobreza. Mientras el alto nivel y la seguridad económicos correlacionan positivamente con la tendencia conservadora o “integrista”, la escasez y la pobreza van ligadas al radicalismo, siempre y cuando no sean excesivas. Efectivamente, se ha comprobado que los grupos más bajos económicamente presentan un alto índice de conservatismo y un aumento de la agresividad, que se descarga sobre las minorías nacionales y locales: los voluntarios en Cuba, los camisas negras hitlerianos, los linchadores de negros, son unos pocos ejemplos. Pero en la pobreza media, en esa pobreza digna que vivió la familia de Martí, se proporcionan las condiciones necesarias para la procreación de revolucionarios. Un tercer motivo o factor de la actitud radical en Martí hay que ir a buscarlo al ámbito nacional y social en que vive, como lo haremos en su oportunidad; y, por último, el factor que Eysenck llama *social in-*

sight, o intuición social, o penetración, que parece ser independiente de la educación del individuo, y que está altamente correlacionado con el radicalismo, aparece claramente en Martí a lo largo de todos sus escritos sobre materias políticas y sociales.

Por otra parte, en el seno de la familia y durante el proceso de maduración afectiva del hijo, se produce la situación edipal, fuente de conflictos plenos de consecuencias. Aun cuando el papel que la situación o complejo de Edipo desempeña para Freud en la producción de futuros trastornos de la personalidad sea objetable, ya nadie discute el hecho de que constituye una etapa segura del normal desarrollo infantil. En Martí, hijo mayor, y por tanto único durante un tiempo, que además es un varón solitario en el coro de cinco hembras, la situación edipal presenta una relativa importancia, acentuada por la actitud autoritaria del padre. El culto a la virgen en la cultura occidental, la idealización de la madre en las artes y la literatura, y la asimilación de la madre con la patria, derivan naturalmente del modelo patriarcal de la familia, y de las emociones que esta realidad despierta.

Estos aspectos han sido destacados, respecto de Martí, por Martínez Bello y otros autores, que inclusive han llegado a afirmar que Martí ama a mujeres de carácter íntegro, valeroso y energético, aplicando siempre el paradigma de la madre, lo que justifica la identidad caracterológica existente entre Leonor Pérez y Carmen Zayas Bazán, por ejemplo. Esto puede ser aceptado hasta cierto punto, si tomamos en consideración otras características que matizan a la madre, aparte de la vinculación sexual de la situación edipal: la seguridad, el refugio. Hay una frase reveladora de Martí, en la época idílica con Carmen: “Hago lo que debo y amo a una mujer: luego soy fuerte”, que indica la búsqueda de ciertas condiciones en los afectos heterosexuales, no solo la satisfacción de una imagen ideal-sexual de origen infantil.

Pero me parece interesante extraer del planteamiento de la situación edipal otras conclusiones, importantes para el conocimiento psicológico de Martí. Todos sabemos que esta estructura afectiva llamada complejo de Edipo se caracteriza por los sentimientos de amor y de hostilidad, relativos a ambos progenitores. Los sentimientos hostiles son reprimidos por el niño, en parte debido al temor que despierta la represalia del

todopoderoso padre, pero también porque la vinculación afectiva está matizada de elementos incestuosos, prohibidos culturalmente; el niño puede evolucionar, para salir de este síndrome explosivo, en el sentido de la etapa siguiente, según Freud, que es la etapa del complejo de castración; o mediante el recurso de la identificación con el padre de su sexo. Pero lo que nos interesa aquí no son los recursos que utiliza Martí para rebasar esta etapa, lo que a mi juicio nunca logra cabalmente; sino el carácter de los sentimientos que ella despierta en el niño y el adolescente.

No parece casual, en Martí, la selección de un poema incestuoso, "A Mystery", de Byron, para iniciar sus traducciones juveniles, ni el temor que siente frente a inexistentes reproches de Mendive cuando lo descubre en esta tarea; no es casual tampoco que los personajes de *Amor con amor se paga* se llamen Julián, su segundo nombre, y Leonor, como su madre, que aparece encubierta al inicio con otra denominación. Si se añade a esto su horror al adulterio, expresado en el drama *Adúltera* y en confesiones volcadas en la intimidad, horror muy vinculado a las ambiguas características edipales; y si se refuerza aún la argumentación trayendo a colación el ejemplo de la hermana que sirve de objetivo para el desplazamiento de los sentimientos edipales de carácter incestuoso, produciendo celos en 1867, y uno de sus más profundos dolores cuando muere en 1875: "Decid cómo logró morir sin verme; y puesto que es verdad que lejos duerme, decidme cómo estoy aquí despierto", si se toman en cuenta todos estos factores, repetimos, se comprenderá que es imposible conocer bien la personalidad de Martí dando de lado o cerrando los ojos, a situaciones explosivas de carácter afectivo que el Apóstol mismo constantemente nos está brindando al análisis objetivo.

Esto, ya lo hemos dicho, no constituye una novedad ni un hallazgo; se trata de un proceso normal en la mayoría de los casos, muy bien conocido de los psicólogos, y cuyas consecuencias pueden variar de acuerdo con la solución que, en definitiva, se logre para la situación edipal mediante la personalidad de sus integrantes. Pero en Martí, su solución a través de la identificación con el padre es tardía e inoperante, como veremos

después, y lo que se presenta como solución es la represión, al comienzo, y el desplazamiento por las vías de la simbolización y la sublimación después, despertando siempre, en conexión con otras circunstancias como las económicas, un sentimiento de culpabilidad que estará a la base de su dinámica psicológica. El doloroso pesimismo que manifiesta Martí respecto de su persona y su destino, el castigo que busca constantemente en el martirio, sin que podamos calificarlo de masoquista, tiene una de sus raíces en la situación edipal no resuelta satisfactoriamente; el rechazo de la madre, del que hablaremos más tarde, jugó su importante papel en conseguir este resultado.

La violencia y persistencia de los impulsos y motivaciones en una personalidad desbordante, y su choque frecuente con las circunstancias de su vida, hacen imperativo en Martí el fortalecimiento y desarrollo del ego, y la incorporación de elementos rígidos de control que le ayuden a salvar y unificar su individualidad. A través de la familia incorpora algunas normas de dirección y control de la conducta, que constituyen solo un reflejo de las que regían su cultura; las demás, le vienen ya directamente de un ámbito social más amplio. Vamos hacia este.

La circunstancia social de Martí

El grupo social donde se inserta la familia es también un importante factor en la determinación de la psicología individual. En este sentido, podemos incluir dentro de tal denominación a la cultura (occidental, cristiana, española), la nación, clase, casta, la profesión, la escuela, la ciudad e inclusive el barrio donde se vive. No se trata de un mosaico, sino de una estructura compleja, de la que brotan numerosas fuerzas que hacen impacto sobre el individuo, integrando su ambiente y produciendo reacciones y modificaciones específicas en cada sujeto.

No podemos hacer aquí un amplio estudio cultural de la llamada civilización occidental de la época moderna, pues por encima de sus determinaciones comunes, que son unas pocas, existen amplias diferencias regionales, tradicionales y particulares, que producen una diferenciación cada vez más amplia que aún no está plenamente estudiada en sus implicaciones para la psicología de los pueblos o naciones. Por ejemplo, la tesis de

Wilbur Long que hace de la esquizofrenia “espiritual” una enfermedad típica del modernismo, no podemos aplicarla plenamente a la cultura cubana de la época de Martí, usando el término cultura en sus acepciones más amplias. Solo si pensamos en las generaciones de educadores, pensadores y científicos cubanos que con una proyección limitada intentaban poner al día nuestro saber, y si pensamos en Martí mismo, cosmopolita y enciclopédico, sería lícito estudiar las consecuencias psicológicas que produce la pérdida de la unidad en la visión del mundo, el poder fracturante y disgregador de la inteligencia y el distanciamiento de las esferas intelectual y afectiva dentro del hombre, síntoma esquizofrénico.

Pero la cultura de la época, ese multiforme y complejo conjunto de actitudes, prejuicios, estructuras de pensamiento etc., que el hombre de la calle incorpora a veces por contagio inconsciente, y que hacen la imagen cultural de un país, nada tiene que ver, a los efectos de nuestro estudio, con la enfermedad espiritual que postula Long. No hemos de verla en el sentido del modernismo, sino en la dirección de lo español, porque en Cuba la colonia favorece la acentuación y la permanencia de caracteres hispánicos ya evolucionados en la península, y porque lo criollo que surge de aquí tiene también, a pesar de los contrastes, muchos matices de la cultura española.

La estructura etnocéntrica, es decir, los contenidos y formas peculiares del grupo racial al que pertenece Martí, son españoles, como acabamos de indicar. Pero Martí mismo ha sido destacado como representante legítimo de esa estructura.

Martí —escribe D. Fernando de los Ríos— que tenía idealidades profundas de español, halla la base de su estimativa en el Honor; en él asienta Justicia y Libertad. ¡Cómo se nota cuando analiza Martí —poniendo en ello toda su alma— lo que honor, justicia y libertad entrañan, su íntimo contacto con el grupo filosófico que llenaba el ámbito al pensamiento español en la década de 1880!

Mañach apunta, por otra parte, que el fondo constante español en Martí incluye la exuberancia, la gravedad, la vocación por el énfasis y el honor, el dramatismo, la raíz estoica y el gusto sentencioso y barroco. Unamuno, con su sagacidad caracterís-

tica, hace la observación de que en la literatura española los niños juegan un muy escaso papel. En Galdós, representante de la época, no hay recuerdos de su propia niñez, ni de la Gran Canaria. “Parece, añade Unamuno, como si los hubiese olvidado”. Martí también ha olvidado en gran parte su infancia atormentada, en que el fenómeno de la represión se viste con el ropaje de una amnesia selectiva. La niñez de Martí, cuando él la menciona, es ya adolescencia, conflicto y sufrimiento. Y muchas veces tacha en el papel los trozos de recuerdos personales que, a pesar suyo, se deslizaron por la pluma, como hace con los versos autobiográficos de “Hierro”.

Si el pensamiento y la creación intelectual son capaces de reflejar la hondura y potencia de las tragedias individuales, volvemos a encontrar a Martí situado dentro de la tradición española.

El vivir del español —escribe María Zambrano— es un debatirse contra las rejas de lo imposible. El pensar español ya en su primer paso tropieza contra la muerte, y se nos muestra encerrado en la muerte, prisionero de ella. En el siglo XIX, la línea estoica de Ganivet y Larra es la línea del suicidio.

Esto basta, para una inicial identificación cultural; no deben buscarse nuevos e infantiles argumentos que satisfagan ahora vanidades nacionales. Si los españoles de Buenos Aires estaban empeñadísimos en que Martí fuese español, cuando su correspondencia lo hizo famoso, es por la misma razón con que todavía nos disputamos la filiación de la Avellaneda, sin que esto importe en definitiva a los fines que nos proponemos.

Hay otros aspectos culturales de lo español, que se trasplantan a Cuba como colonia propicia, y que tienen una indudable importancia a los efectos de sus consecuencias psicológicas. En la Cuba del siglo XIX están plenamente en vigor los cuatro vicios españoles fundamentales que describe Venegas en 1544:

El primero es el exceso de los trajes; el segundo vicio es que en la sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres [...]. El tercero vicio nasce de las alcuñas de los linajes [...]. El cuarto vicio es que la gente

española ni sabe ni quiere saber... Deste vicio nació un refrán castellano, que en ninguna otra lengua del mundo se halla, sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: “Dadme dinero y no consejo”.

Cuba es —escribe Sanguily— un país ocupado por españoles de las últimas capas, donde un marquista de tabacos, un adocenado médico de provincia, un hacendado sin historia política han sido convertidos en marqueses de nuevo cuño por el dinero, la influencia política o la intriga; país de advenedizos, de antiguos pecheros, de pastores de cabras, de carromateros sucios e impúdicos que visten de mugrienta camiseta de algodón y calzan absurdas alpargatas.

He aquí, en estas dos citas, una española y otra criolla, la imagen aproximada de un país sin escuelas, por peligrosas para el despotismo colonial, sin artesanos, por desprecio del trabajo mecánico (y que Saco destaca entre las causas de la vagancia), lleno de holgazanes y linajes recién venidos, y en que además la estratificación social llega al enquistamiento de las castas, con la distinción esencial entre el español peninsular y el criollo, las bijiritas y los gorriones. Es el país donde un gobierno absolutista va desplazando su poder a través de tanta casta, hacia una base última formada por los criollos y los esclavos. Es un país modelo para producir toda clase de resentimientos y hostilidad en el individuo. Estos sentimientos están presentes con toda claridad cada vez que un cubano del siglo XIX escribe sobre asuntos de la Isla, y están también, qué duda cabe, presentes en Martí.

Kurt Lewin ha puesto de manifiesto con sus famosos experimentos cuáles son las consecuencias que se derivan de un ambiente social totalitario y despótico: el individuo sometido a tal régimen, manifiesta una falta de iniciativa y espontaneidad, una conducta apática que se convierte en agresiva tan pronto las circunstancias lo permiten, ya que tiene en su base el resentimiento producido por la frustración. Pero el resentimiento cubano de que estamos hablando se manifiesta de distintas formas, según la posición económico-social del individuo y las vías que se le ofrezcan para su expresión. Una parte importante de la población criolla, la acomodada, es esclavista primero, abolicionis-

ta gradual después; es reformista, luego anexionista, más tarde será autonomista. Representa los esfuerzos de las clases ricas criollas, que tienen una interpretación tímida de la realidad cubana y le buscan una salida transaccional, evolutiva, que les permita mantener su situación de privilegio; son los profesionales, los burócratas del Estado, que se sienten reyes en una situación de ciegos, y que se las arreglan para sobrevivir siempre. Uno de representantes, Giberga, pudo decir con toda tranquilidad en la Asamblea Constituyente de 1901, que Martí fue el hombre más funesto que nació en Cuba; y otros más, son todavía hoy venerados y queridos como prototipos de cubanía, porque psicológicamente estos hombres son insubmersibles, y se aferran a la isla de corcho que vivimos.

No nos duele reconocerles, sin embargo, la participación que han tenido en la formación de una conciencia nacional en Cuba, y en la educación política del cubano, que no es tan buena como se ha pretendido. Pero contrasta violentamente su desenvoltura y tranquilidad en medio de las borrascas de nuestra historia, que revelan su adaptación al ambiente, con la honda tragedia de otros cubanos, como Martí, que calaron mucho más hondo. La desenvoltura risueña con que Gaspar Betancourt escribe a José Luis Alfonso sobre las revoluciones que “nosotros los ricos” fomentaron con vistas a la anexión, los constantes prejuicios y celos de carácter racial que hacen calificar a Del Monte de “fusión antipática y culpable” todo intento de unir a los cubanos, sin distinción de razas, para el logro de la independencia, la tacañería en el sacrificio, que malogra la extensión de la Guerra del 68 hacia las provincias occidentales, y que permite a Aguilera calificarlos de “gente educada por el gobierno español para ser esclavos”, sin “la dignidad de hombres”, son solo unos breves ejemplos de esta actitud mental y la conducta consiguiente.

“Fueron los artesanos los que sostuvieron la revolución del 68”, escribe Aguilera, y Martí habla a Enrique Collazo de las dos revoluciones: la radical y la de corbatín y puño de oro. Frente a la actitud tímida, evolucionista, mediatizada por numerosos factores de orden económico y psicológico, de que hemos hablado, aparece la posición radical, representada por las

clases bajas y medias de la población, que buscan, junto con la independencia, la justicia social y la redención económica. Una es la más común en el occidente de Cuba, de donde proviene Martí sin embargo; y la otra tiene su expresión más fuerte en las zonas orientales, donde llega a incluir a individuos de todas las capas sociales. Ambas simbolizan, conjuntamente, lo que Arciniegas ha postulado para toda la América como fenómeno de personalidad doble: la oficial, expresa, superficial y rimbombante, falseada en su forma y falsificada en sus fines; y la real, auténtica, originaria e íntima, representada por el pueblo sufrido, y que no cuenta oficialmente en la mayoría de los casos por haberse secuestrado su destino a causa de su propia indefensión.

A Martí lo veremos junto a esta gente humilde. La clase social a que pertenece, especie de clase media empobrecida, presenta generalmente, según expone Vinacke, las siguientes características psicológicas: énfasis sobre el bienestar, la seguridad económica y el éxito profesional; preocupación por los conceptos morales y religiosos del grupo social, y necesidad de mantener cierto nivel adecuado de conducta, “las apariencias”. Estos fines producen entre sus miembros un aumento de la tensión interna, consecuencia de la ansiedad que produce el temor al fracaso y, por tanto, se convierte en una fuente de trastornos de la personalidad. Un nivel de aspiración colocado demasiado alto para las posibilidades individuales, es también motivo de frustraciones y hostilidad. Este fenómeno aparece más intensamente, en el caso de don Mariano Martí, pues su hijo es capaz de salvar el conflicto que supone la imposibilidad de alcanzar los fines de su familia y clase, canalizándolos por una vía superior, que para él tiene sentido, justificación y término.

Como Martí no situó nunca su nivel de aspiración dentro de los moldes típicos de la clase media, no sufrió frustraciones en este terreno, más que el sentimiento de culpabilidad que se deriva del hecho evidente de que, poseyendo capacidad suficiente para alcanzarlo, se negó a hacerlo, haciendo brotar la hostilidad de sus familiares, que se veían frustrados en sus aspiraciones. Sin embargo, es cierto que Martí asimila las normas morales de su época, clase y familia, incluyendo el cuidado por las apariencias y el qué dirán. Ocasionalmente, como destaca Raúl García

Martí, hay la preocupación muy corriente y normal por el prestigio de las hermanas, y el tipo de consejos que les ofrece son de tal índole que gustosos los respaldarían cualquiera de sus padres. Hasta cuando hace un chiste, como cuenta Blanche Zacharie de Baralt, emplea estereotipos culturales que para él tienen fuerte contenido emocional, como “virgen” y “deshonesto”.

Lo más interesante de Martí en este aspecto que estamos estudiando lo constituye esa renuncia que hace a mantener su estatus social medio, y a ascender hacia las capas superiores por las vías que en Cuba le estaban abiertas. Esta renuncia es solo un aspecto de su general desistimiento a perseguir fines menores, trasponiendo toda la carga emocional que ellos son capaces de despertar en el hombre corriente hacia un fin último y único, más elevado y justificativo. Martí se siente a sí mismo afín a los desvalidos de su tierra, se identifica con ellos y de ellos saca su fuerza para rechazar las continuas solicitudes del ambiente, como hace cuando Azcárate pretendió ganarlo para su causa. En la base de su conducta está la hostilidad, no la identificación, hacia la autoridad, y la necesidad de vencer la ansiedad que en él despiertan el constante bullir de tanto conflicto íntimo.

Si Cuba es una sociedad de esclavos, como afirman Martí y Sanguily, podemos suponer que una gran parte de la población ha sido entrenada para la conducta sumisa y obediente, y para refrenar y desviar su motivación mediante la presencia de barreras fuertemente rígidas, capaces de garantizar la tranquilidad de los gobernantes. A medida que el estatus social y económico del individuo desciende, por otra parte, el nivel de aspiración baja hasta hacerse casi nulo, la conducta se torna apática y aparentemente conformista, y solamente los impulsos biológicos fundamentales se satisfacen en una forma rudimentaria y simple. El hombre necesita vivir de todos modos, y no puede permitirse el lujo de consumirse en el fuego que arroja su propio resentimiento impotente. Pero el resentimiento puede presentar en algunos individuos, por circunstancias especiales de su vida, tan dramático significado, tan hondo sentido personal, que entonces se convierte en motor poderoso capaz de mover la personalidad entera por las vías de su expresión y satisfacción;

y cuando esto ocurre, la dormida hostilidad de los demás se despierta y lo sigue, integrándose un movimiento social capaz de moverlo y trastornarlo todo. Jorge Luis Martí, en un magnífico trabajo reciente, basaba el arraigo de ciertas prédicas políticas en Cuba en fenómenos del inconsciente colectivo, fuertemente teñidos de resentimiento. Este es el caso dramático de Martí y los cubanos.

Pasemos ahora a ver cómo la constitución y las circunstancias se integran en el desarrollo de Martí, para producir la personalidad que hemos visto al comienzo.

La historia psicológica de Martí

Sabemos que las situaciones no influyen sobre el individuo en virtud de su peculiar estructura objetiva, sino por la forma como son percibidas por el sujeto. En Martí, como ya dijimos, hay breves recuerdos de la infancia y adolescencia, nunca muy satisfactorios. Veamos, a través de sus recuerdos, cómo él percibía aquellas situaciones.

A Mendive:

Trabajo ahora de seis de la mañana a ocho de la noche, y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Ud. con toda la franqueza ruda que Ud. me conoce que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme. La carta de Ud. de ayer me ha salvado. Algún día verá mi diario, y en él, que no era un arrebato de chiquillo, sino una resolución pesada y medida. (1869)

A su madre: “Es verdad que Ud. padece mucho; —pero también lo es que yo padezco más”. (1869)

En “Hierro”, *Versos Libres*:

Era yo niño

Y con filial afán miraba al cielo:

Cuán pobre a mi avaricia parecía

El amor de mi hogar! Cuán tristemente

Bañado el rostro ansioso en llanto luengo

Con mis ojos hambrientos perseguía
La madre austera, el coro
De alegres niñas, y el doliente padre
Ya de andar por la tierra fatigado,
Sin que jamás los labios ardorosos
Del enfermo voraz, envuelto en sombras
Su sed fatal de amor apacentasen.

Ya es bastante el citar, porque del cuadro familiar que aquí se muestra mucho se ha dicho de pro y de contra, y nos pueden tachar de parciales en la referencia los que defienden a todo trance, para propia e íntima tranquilidad, una imagen idílica de la familia Martí-Pérez. A nosotros nos parece suficiente con lo que hemos presentado, para indicar cómo a la situación edipal ya estudiada, y a la atmósfera autoritaria, se añade en forma sutil, con el encubrimiento que generalmente disfraza estas reacciones, un factor de rechazo, de reconvención, de muda queja y de sanción moral, no ya por parte del padre, cuya posición le permite ser más abierto y explícito, sino por parte de la madre misma. Es claro que los afectos despertados por la vinculación familiar permiten equilibrar y recubrir estos sentimientos hostiles, que son inconscientes para la madre, pero que el hijo percibe con fina intuición; a nuestro juicio la situación edipal en Martí no puede desarrollarse plenamente debido a esa tenue actitud de rechazo de la madre “austera”, y los sentimientos que ella despierta se desplazan en dirección de la hermana Ana, la muerta prematura, y la patria, madre sustitutiva.

La vinculación de Martí con su madre, típica como ya vimos en la familia patriarcal, produce numerosos ejemplos en prosa y verso; pero nótase siempre en ellos un proceso inconsciente de idealización, como si se quisiera fabricar el prototipo de las madres mediante la justificación de la conducta del hijo, y que conduce con frecuencia en nuestro medio a la creación de una madre artificial, la madre que hubiéramos deseado sustituyese a la real. Por otra parte, la superación de la situación edipal mediante la identificación con el padre, se ve facilitada también en Martí por la aparición en su vida de una figura que durante cierto periodo sustituye al padre real: nos referimos a Mendive,

su maestro. A través de Mendive, logra Martí compensar la hostilidad que le despierta su padre, y le permite esperar hasta el momento en que la actitud de don Mariano se modifica, cuando el hijo se hace adulto, y la relación se invierte en dirección contraria a la que tuvo originalmente. En efecto, cuando don Mariano se siente orgulloso de su hijo, este procede a reconocerle su paternidad, y aunque Martí nos haga creer lo contrario, el impulso de identidad parte de su padre, al contrario de lo que ocurre en la mayoría de los casos. Por eso puede afirmarse que cuando Martí reconoce a su padre, y restablece una vinculación originaria, lo que está haciendo en el fondo es reconociéndose y afirmándose a sí mismo, ni más ni menos.

Papá está tan malo que esperan que viva poco. No puede usted imaginar —escribe a Mercado— cómo he aprendido en la vida a venerar y amar al noble anciano, a quien no amé bastante mientras no supe entenderlo. Cuanto tengo de bueno trae su raíz de él.

Mi padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón.

.....

Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba —escribe a José García en 1887— porque a nadie le tocó vivir tiempos más viles, ni nadie, a pesar de su sencillez aparente, salió más puro en pensamiento y obra de ellos [...]. De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la seguridad, pero él tenía el orgullo. En mis horas amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiera resistir y padecer.

Doña Leonor Pérez, por el contrario, no mantuvo una actitud semejante. En la pugna por el control de los sentimientos del hijo, al que se refiere en alguna carta como si fuera hijo único, probablemente por ser el solitario varón, y dejando traslucir sus desbordantes deseos de absorción y dominio, vio cómo el afecto filial de Martí se desplaza desde su madre carnal hacia la “madre mayor”, como él llama a la patria, y ella queda subordinada y sacrificada ante esa suprema instancia. Y no deja pasar ocasión para reprochárselo; basta para convencerse con releer sus cartas. “Mi madre tiene grandezas —escribe Martí a Mercado— y

se las estimo y la amo, usted lo sabe, hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, ni mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba”.

Estas circunstancias, y aquella atmósfera hosca que nos pintan los versos de “Hierro”, han dejado honda huella en el joven Martí. En primer término, surge el sentimiento de desamparo, de indefensión, que tiene allá, remotamente en su base psicológica, la inseguridad producida por un complejo de inferioridad. No es necesario que esta inferioridad sea real y efectiva para que produzca tales sentimientos; basta con que el individuo lo crea así, y se estime incapaz de una tarea que se le pide constantemente que haga, como la de luchar por los suyos (en sentido vulgar y familiar), para que haga su entrada la ansiedad que este conflicto desencadena. Por otra parte, como expone J. Jacobi, “todos los hombres tienen complejos, y éstos no significan necesariamente mediocridad, sino también estímulos para mayores esfuerzos e incluso nuevas posibilidades de éxito”. En Martí tienen estos fenómenos una fuerza motivadora enorme, acentuada por la gran capacidad de expresión y acción de su personalidad, y están a la base de expresiones como estas, que tomamos de su epistolario:

“De nadie esperé nunca nada. Y si a ocultas de mí mismo esperé algo de alguien, eso es precisamente lo que no he tenido” —escribe a Mercado. Y en otra carta: “Como me tengo en menos de lo que los demás me tienen, en cuanto me parece notar desafecto o desvío, sufro como de una herida, pensando que no vale lo que hago, y me quedo sin fuerzas”. “Los elogios no me han puesto vano, sino temeroso como usted ve y como no puedo dejar de ser”. Podemos completar este bosquejo con una tremenda confesión que cita Quesada: “Yo nunca he tenido confianza en mí mismo”. ¡Qué paradójicos nos resultan estos sentimientos en un hombre como Martí, tan magníficamente dotado para triunfar, de tanta fortaleza vital!

De esta fuente poderosa emana un rasgo característico que presenta en Martí importancia y relieve semejantes a los que se encuentran en los neuróticos: la necesidad imperiosa de afecto, de ser querido y estimado por todos. “El neurótico siente y se conduce —dice K. Horney— como si toda su existencia, su

felicidad y su seguridad dependiesen de que se le aprecie y se le quiera [...]. Conquistar cariño significa obtener seguridad mediante un contacto más estrecho con los otros...”. Además, sabemos que cuando de niño se sufren privaciones respecto de una necesidad o motivo determinado, como la seguridad, el afecto o aún el alimento, este motivo puede hipertrofiarse en la madurez y convertirse en el centro mismo de la vida afectiva del sujeto. Y aunque estamos muy lejos de afirmar la condición neurótica en Martí, ya que le faltan numerosos elementos característicos, nos vemos obligados a aceptar la presencia de algunos rasgos de esta clase, originados por traumas y deficiencias infantiles, y que se vierten en expresiones como estas: “Mi única ventura, y lo preví desde niño, está en que unas cuantas almas nobles me conozcan y me quieran...”; “Quiérame más, como yo lo quiero”, y en aquel trozo de *Amistad Funesta*, citado como autobiográfico, en que Juan Jerez “se daba como esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza”.

El afán de cariño, corolario del sentimiento de inseguridad, proviene originalmente del ambiente familiar, donde el autoritarismo y la inestabilidad económica se conjugan para producir en el adolescente el impacto de un rechazo afectivo frente a la afirmación de sí mismo que este pretende realizar. Por eso Martí busca constante refugio junto a Mendive, a quien está ansioso de servir en cualquier menester, o en los hogares de amigos, como los Valdés Domínguez, donde encontraba la seguridad y el calor que en su propio hogar escaseaban.

Pero hay más. Otro elemento de la dinámica individual que sacamos de la situación familiar, y que ya hemos mencionado anteriormente, es el que origina un fuerte sentimiento de culpabilidad, rasgo también presente en el neurótico y de considerable importancia en Martí. No debemos hacer depender este sentimiento enteramente de la situación edipal, que como vimos pierde pronto su fuerza en virtud de determinadas condiciones, sino que lo conectaremos con las relaciones generales de padres a hijos, típicas en nuestra cultura. La posición parental se fundamenta en un poder autoritario que impone la más absoluta obediencia. Asistiendo siempre la razón a los padres, el hijo siente que debe ser él quien tiene la culpa de los conflictos que

entre ellos se producen. Es este un proceso afectivo, dice K. Horney, no intelectual, y está determinado por la angustia, no por el pensamiento. La sociedad en que vive Martí establece como una obligación de carácter moral que debe cumplir el hijo, la de luchar por mantener el bienestar y el decoro de los padres, como justa retribución a sus esfuerzos por mantenernos y guiarnos en nuestra etapa de invalidez. Esa obligación, que Martí asimila e incorpora en su código moral, que reconoce y valora, es imposible de cumplir para el Apóstol, y no porque las circunstancias se lo impidieran, sino por lo que a él le parece una libre y espontánea decisión de su voluntad. De aquí que surja el conflicto íntimo, el sentimiento de culpabilidad y el deseo de justificación. “La verdad es que yo he cometido un gran delito: no nacer con alma de tendero”, le escribe a Mercado; y más adelante, al salir empobrecido de Guatemala: “Ahora no pensaré mal de mí mi madre. Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos sus deberes”.

Evidencias de la tragedia que producen los esfuerzos tenaces de la madre por hacer entrar en razón al hijo “descarriado”, son también las expresiones que siguen: “Estoy como roído del ansia de vivir de acuerdo conmigo mismo y en desobediencia a los mandatos que llevo en el alma...”. “Nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa”, y finalmente: “En mí hay una especie de asesinado y no diré yo quien sea el asesino”, reproche que aparece nada menos que en una carta familiar.

El sentido pesimista (algunos lo llaman estoico) que da a su vida Martí se surte de esta fuente. Solo poderosos sentimientos de culpabilidad, sea real o imaginada, pueden despertar en el sujeto la urgente necesidad de castigo a fin de aliviarlos, y una forma inconsciente de castigo es el sufrimiento, que también sirve para obtener cariño, ayuda, dominio de sí mismo y para evadir en último término las exigencias que los demás podrían imponerle. El sufrimiento desempeña en Martí una función psicológica importante, porque justifica su vida ante sus ojos y ante el resto de los hombres, y preserva así intactas las fuerzas de las restantes motivaciones, que entrarán en juego para alcanzar la finalidad máxima que a su propia vida Martí impuso.

De otra forma no se explica uno el hecho de que un hombre que le escribe a Amelia, en 1883, de los “odios suyos, siempre crecientes, a poner en el papel las cosas íntimas del alma”, esté presentándose paradójicamente en gran parte de su expresión escrita como un ser que vive un doliente e inacabable martirio, sin una sola expresión de optimismo en cuanto a su destino individual.

Vamos a ver ahora en Martí algunas nuevas facetas de su personalidad. Además de todas las circunstancias capaces de producir lo que los psicoanalistas llaman la “angustia básica”, que es como el motor de esta vida, concurren también en Martí dos procesos diferentes, uno originario y dinámico, otro secundario y expresivo: la voluntad o deseo de prevalecimiento, y las formaciones reactivas.

El afán o deseo de predominio, ascendencia, prevalecimiento, poder, de superioridad, que todos estos rótulos se han utilizado, es una fuente importante de la motivación humana, y mientras para algunos tiene un origen biológico indudable, siendo de carácter nativo, para otros pertenece al grupo de las adquisiciones que el individuo toma de la cultura en que vive. Investigaciones antropológicas parecen haber demostrado este segundo enfoque, por lo que vamos a aceptar que, siendo la sociedad en que vivimos una agrupación donde sus miembros tienen que competir entre sí para vivir, el deseo de prevalecer se desarrolla paulatinamente por la vía del aprendizaje y el entrenamiento. Además, algunas clases sociales, como la clase media a la que perteneció Martí, vive en constante tensión al fijarse niveles de aspiración relativamente elevados y, en consecuencia, sus integrantes suelen desarrollar en mayor grado esta motivación del prevalecimiento. Así tendríamos una explicación más satisfactoria de tanta voluntad de dominio como aparece en Martí, y que no puede justificarse solamente atribuyéndola a la abundancia y fuerza de sus reacciones constitucionales.

Además, este sentimiento tiene la función de servir de resguardo contra la indefensión, contra el riesgo de sentirse o ser estimado insignificante y, en este sentido, cabría considerarlo como una especie de compensación ante los sentimientos de inferioridad que antes mencionamos. Desde luego, la interpreta-

ción no deberá ser tan simple, porque el mecanismo de la compensación, cuando se hipertrofia, es síntoma neurótico también; pero salvamos el escollo destacando que en el neurótico, el afán de poderío nace de la debilidad, en tanto que en el individuo normal surge de la fuerza, y nadie osará discutir la cantidad de energía que encierra la personalidad de Martí. No debemos olvidar, sin embargo, que cuando estudiamos a un tipo genial estamos constantemente haciendo filigranas por los bordes de la psicopatía.

En Martí los sentimientos básicos de inferioridad y desamparo son aplastados por el peso de una capacidad funcional y dinámica desbordante, que mediante el deseo de prevalecer derrota a la angustia incipiente, aunque solo a través de lucha encarnizada, impidiéndole convertirse en el núcleo desencadenante de una neurosis. Este motivo presenta en nuestro personaje las dos formas usuales, activa y pasiva: necesidad de imponerse sobre los demás, y deseo de ser admirado por ellos, usadas ambas conjunta o alternativamente, según las circunstancias, pero siendo relativamente más frecuente la forma pasiva en la primera parte de su vida, y afianzándose la dominación activa hacia el final de su apostolado.

El mecanismo mediante el cual opera este rasgo psicológico en Martí puede ser explicado de la siguiente manera: ante la indefensión que encuentra el adolescente en el hogar, busca la afirmación de sí mismo fuera de él, e incorpora por interiorización progresiva los elementos que le van a permitir garantizar su seguridad interna, tomándolos del ambiente exterior: la cultura y la escuela cubanas. En el medio español, solo podría ver agudizados sus sufrimientos y su inferioridad, como criollo y burgués empobrecido que es. Pero entre los cubanos cultos, y los criollos de su propia condición, en el ambiente de la patria que aún no ha surgido, es donde él puede encontrarse a sí mismo, afirmarse definitivamente y hallar la seguridad anhelada. Por tanto, asimila los caracteres que determinan la cubanía con tanta intensidad que los hace parte de su sangre, y no podrá prescindir nunca más de ellos. Ellos serán su refugio contra cualquier debilidad pasajera, ellos los que le permitan resistir privaciones, halagos y llantos familiares. Aquí está la cálida

seguridad y el autocontrol que tanto buscaba, y no allá, donde el ambiente exige sumisiones y concesiones, y donde siempre hubo de sentirse muy desgraciado. Nunca Martí va a ceder un ápice en el patriotismo más acendrado, porque merced a él pudo realizar plenamente su personalidad. Por eso también vivió casi siempre en el destierro, buscó el destierro como si huyera de un ambiente que amenazaba la integridad personal que con tanto esfuerzo había adquirido. Hay que ver con cuánta amargura escribe: “Primera debilidad y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba”. No puede resistir nada que lo haga sentir inferior, y las experiencias traumáticas de su vida se agitan con renovado fuego cuando revive estas dolorosas circunstancias. El grillete que marcó su carne dejó huella indeleble en su personalidad, que él identifica “con tanta vejación terrible, tanta inolvidable injuria” que se padecía en Cuba. Su apostolado no es solo una cuestión nacional, sino una cuenta personal, como le destaca Enrique Collazo en la carta injuriosa que le envía, y que entre tantas falacias contiene este acierto. Este era el caso, además, de muchos otros cubanos, y por eso Collazo pudo verlo con tanta claridad.

Ahora bien, el deseo de prevalecer no se manifiesta solamente como un simple traspaso de las cargas afectivas, desde el hogar español originario hacia la causa cubana. En la casi totalidad de los actos de Martí, a partir de entonces, se transparente esta fuerte motivación, que él justifica y disfraza inconscientemente mediante la identificación con la patria, que llega a ser tan estrecha que se confunde con ella misma. Ese es, probablemente, su gran mérito, y aquí está el mayor peligro que corriera jamás su prestigio. Porque si sus fuerzas no hubieran estado a la altura de la enorme tarea que emprendió, y si el éxito no hubiera coronado sus esfuerzos, solo el supremo ridículo habría quedado como recuerdo de un hombre que quiso encarnar a una nación entera sin tener la talla suficiente. Pero así es la grandeza; nunca fracasa. No dejaba, sin embargo, de parecer soberbia a sus contemporáneos la actitud de Martí, que se atribuía el monopolio de la razón patriótica, y que escribe: “¿He de decirle a Ud. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque tiene mi alma? ¿Que llevo mi infeliz pueblo en la cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día

su libertad?” (a Mercado). De un hombre que cree ser insustituible en la tarea revolucionaria, porque tiene la intuición de la verdad: “Hay voces íntimas que dicen lo que se debe hacer, y yo las obedezco siempre” (a Domínguez Cowan); “Es tan vehemente en mí la convicción de que hago lo que debo, y tengo tal prueba de que esto es lo que nuestra patria nos ordena hacer, que sé que Ud. no ha de tachar de vanidad ni entrometimiento esta invitación” (a Emilio Núñez).

Tampoco permite Martí menoscabo alguno de su persona o de su importancia, consciente de su superioridad. Cuando abandona Guatemala, escribe a Mercado que determinó irse del país “y hacerles sentir así mi desdén antes de que ellos me hicieran sentir su injusticia; antes de que me abandonen, yo los he abandonado”. En el famoso choque con Gómez de 1884, fueron más bien factores personales que políticos los que determinaron la ruptura, aunque en Martí ambos factores estaban tan ligados que es difícil concebirlos aisladamente. Veamos la versión de las dos partes: escribe Gómez en su diario, el primero de octubre de 1884:

Agregaré a esto que no falta alguien, como José Martí, que le tenga miedo a la dictadura, i que cuando más dispuesto lo creía se retiró de mi lado furioso según carta suya insultante, que conservo; porque no dejándole yo, inmiscuirse en los asuntos del plan general de la revolución, a cargo mío en estos momentos, i deseando enseñarle su papel, se ha creído que yo pretendo ser un dictador i dando a este frívolo pretexto, la gravedad que jamás en sí puede tener se ha alejado de mi lado vertiendo especies que no creo favorezcan a las cosas i a los hombres.

De Martí, sobre este episodio, es bien conocida su carta a Gómez, pero nos interesa ver otra versión más íntima, que le cuenta a Mercado con la advertencia de que la conserve en silencio:

A mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro, llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia [...]. No podía emprender sin fé y sin amor la

campaña que desde tantos años atrás venía preparando tiernamente, con todo acto y palabra mía, como una obra de arte.

La carta primera, la más conocida, es una racionalización que tiene la finalidad psicológica de justificar *a posteriori* una actitud que se origina en lo profundo de la personalidad, porque en el fondo está la negativa de Martí a someterse a otra persona, a rescindir el poderío que con tanto esfuerzo estaba alcanzando, para volver a las condiciones de inferioridad de antaño. Lo curioso es que la simbiosis de Martí con la causa cubana es tan profunda, y son tan grandes sus intuiciones, que aún cuando racionaliza tiene razón, y su actitud queda posteriormente justificada por los hechos. La Guerra de Independencia cubana debe ser concebida como una empresa personal de Martí, su gran empresa, al igual que el Partido Revolucionario Cubano, hecho que ya destacó en su tiempo Enrique Collazo. Y desde que la actividad revolucionaria del Apóstol alcanza cierto nivel de seguridad, no podrá ya hacerse revolución en Cuba, con posibilidades de éxito, si no es bajo la orientación y guía de su personalidad. No se necesitan mayores ejemplos del deseo de preavalecimiento.

Las formas expresivas de la personalidad martiana revisten frecuentemente el ropaje de las formaciones reactivas. Esto ha dado lugar indudablemente a no pocas confusiones en la valoración de su figura, por cuanto no es fácil discriminar entre una conducta y su sustrato motivacional, entre la consecuencia y su causa originaria. Lo característico de la formación reactiva consiste en que el sujeto desarrolla un modelo de conducta exactamente opuesto a sus impulsos originales. Por ejemplo, un niño extremadamente agresivo, puede sentirse tan angustiado ante sus propios impulsos destructivos, que niega la posesión de cualquier clase de agresividad, y presenta la apariencia exterior de una suave humildad (Stagner). La formación reactiva sirve entonces como una defensa del sujeto ante sus impulsos peligrosos, porque presta ayuda a los desesperados esfuerzos que él realiza para controlarlos. Martí se nos presenta en su vida y en su prédica con una actitud de sencillez, virtud, humildad y amor. Pero estos caracteres son precisamente consecuencia, no

causa, de la forma como él domina y controla la tremenda motivación que impulsa su personalidad. El hombre que escribe que “la vida es desagradable sin los consuelos de la inteligencia, los placeres del arte y la satisfacción interna que sólo nos producen la bondad del alma y la exquisitez del buen gusto”; que Blanche Zarahie de Baralt nos presenta como un “gourmet a lo Brillat Savarin”, vive y come modesta y frugalmente, y tiene como máxima de su vida la que recomienda a Eligio Carbonell en 1892, y que es toda una confesión: “No hay más modo de salvarse, Eligio, que moderar las necesidades. La sobriedad es la virtud. El que necesita poco es fácilmente honrado”.

La mejor descripción que hemos visto de tales formaciones reactivas aparecen en la imagen que insertamos al comienzo de este trabajo, debida a la pluma de Enrique Collazo; recordemos algunos pasajes:

Siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás [...]. Aristócrata por sus gustos y costumbres, llevó su democracia hasta el límite...

Esto explicaría la confusión que sufre Dellundé en Haití, cuando ve que “a pesar del carácter dulce de Martí”, hay que calmarlo constantemente cuando fallan los esfuerzos iniciales por conseguir unas carabinas; y quizás, por otra parte, Collazo estaría influido por las visiones del Martí conspirador, excitado, que a “veces parecía un loco” y tenía “delirios de persecución”. De todas formas, resulta sintomático que un hombre egocéntrico, como cuadra a un buen romántico, que además poseía tan desarrollada la motivación del prevalecimiento, se convirtiera en la imagen viva del altruismo, el renunciamiento y la entrega total al prójimo. Estos fenómenos no son raros en la historia.

La necesidad de mantener tales controles sobre su personalidad, superabundante en impulsos, la presencia inexorable de conflictos familiares y de sentimientos de culpabilidad, las capacidades enormes de sensibilidad y expresión, mediante la inteligencia, son todos vectores que se conjugan para explicarnos el origen de la superior dinámica, de la actividad infatigable de Martí. El quehacer constante se convierte en escape, en

salida catártica, y en fórmula para la desviación y represión de los impulsos y la ansiedad. “Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego que me quema, pero con ella vivo y trabajo, en espera de alguna labor heroica, o por lo menos difícil, que me redima”.

Yo estoy, mire que así me siento, continúa escribiendo a Mercado, como una cierva acorralada por los cazadores, en el último hueco de la caverna. Si no cae sobre mí alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por dentro y sé que muero.

Tiene horror a la soledad, que Quesada anota como justificación de la vinculación con Carmen Mantilla, y que le hace confesar a Aveledo: “Es que vivo muy solo, y las cartas que escribo me dan miedo, porque me recuerdan como vivo”. De esta soledad que reanima la virulencia de sus conflictos, escapa por el camino de la actividad: “Me consuelo con mi curapenas de siempre, que es el único que cura las penas reales e imaginarias, y lo deja a uno respetable ante los demás y ante sí propio: el trabajo”. Este es un método muy común entre los hombres, pero lo que no es corriente es el grado de intranquilidad y agitación interna que la actividad individual tiene que superar. “Debe existir algo en el hombre que está siempre conmoviéndolo y que no le deja estar tranquilo, para que al cabo surja aquello que admiramos como acto genial”, escribe Rohrer; “siempre hay en ellos algo que los impulsa y atormenta hasta que al fin hacen algo que promete terminar con esta situación de intranquilidad”. Así se nos ha presentado, hasta ahora, el caso de Martí.

El líder

Debemos terminar con una breve explicación que nos aclare la razón por la cual Martí se convirtió en el líder total del pueblo cubano en su lucha contra la opresión colonial. El liderazgo depende, como dice Warren, de las actitudes o hábitos de dominio del líder, y de la conducta sumisa de los que lo siguen, y debe distinguirse de la jefatura, que es una forma de autoridad determinada por la casta, clase u otros factores ajenos a la aceptación o selección popular. Los líderes tienen características atípicas, plantea Terman, lo que equivale a decir que son distintos

psicológicamente del hombre común y corriente; sin embargo, poseen condiciones especiales que les permiten concentrar en ellos, para representarlos, los impulsos condensados en la masa. “Es completamente erróneo suponer que el entusiasmo de las masas depende del valer de los hombres directores. La verdad es estrictamente lo contrario: el valor social de los hombres depende de la capacidad de entusiasmo que posee la masa”, ha escrito Ortega Gasset en su *España Invertebrada*.

En Martí concurre la feliz circunstancia de representar psicológicamente, en toda su plenitud, el resentimiento cubano ante la dominación extranjera. Ya dijimos antes que su proceso de rebeldía ante la autoridad no fue solo un problema social y político, sino también personal, pero que se identifican tan íntimamente que hacen posible la representación del agravio que cada cubano ha sentido ante la humillación a que lo someten los dominadores. La gente está siempre dispuesta a descargar-se del peso de sus resentimientos y de la responsabilidad de sus propios fines irrealizados, haciendo a alguien con capacidad suficiente el portador de las demandas de todos. Y en pocos cubanos se daban, como en Martí, las condiciones necesarias para recibir tal confianza.

Las circunstancias en que ha desenvuelto los primeros años de su vida, son las mismas que las de la mayoría de los cubanos, sobre todo en los aspectos más tenebrosos; su rebeldía ante cualquier autoridad impuesta desde arriba, actitud no muy frecuente entre los mismos cubanos de la revolución, es símbolo en Martí de un radicalismo que ofrecía un bálsamo para la superación de los sentimientos de inferioridad: “con todos y para todos”; su culto a la integridad de la dignidad humana, y su inexorable exigencia de que esta condición esencial fuese de veras cumplida, significaba protección contra las recaídas en humillaciones personales como las que muchos habían vivido; y su identificación con los de abajo, los humildes, viniendo él de “un poco más arriba”, hacía sentirse a las gentes superiores a lo que realmente eran. Martí mostraba al cubano la capacidad poco frecuente de trabajar por todos, de sufrir por todos, de pensar por todos, y esto es para la masa, un indudable alivio de la responsabilidad personal.

Es muy probable también que en una sociedad que ha sido educada para la esclavitud, mediante el control autoritario, no puedan los individuos prescindir de improviso de toda guía, quedando a merced de una autocrítica, control de sí y objetividad que nunca antes pudieron ejercitar a plenitud. De aquí que Martí les fuera necesario y lo creyeran con toda sinceridad, aún cuando, como nos cuentan sus biógrafos, no lo entendían mucho. Martí sería entonces como la imagen ideal del paternalismo, imagen soñada de un ser protector, bondadoso, inquieto por sus hijos, sacrificado por su bienestar, pero que no impone restricciones ni obligaciones, ni produce la hostilidad que en la vida real surge del ambiente familiar.

Es esta imagen de Martí probablemente la que más ha permanecido en el recuerdo de las generaciones cubanas que le han seguido, y es probable también que sea esta imagen ideal la que impide a muchos indagar en lo hondo de la personalidad humana, para buscar, en la motivación, los orígenes y los fines de su conducta, al hombre natural, descartando los disfraces que la sociedad y el tiempo le habían añadido. Esta tarea, precisamente, la tenía planteada Martí para su libro sin escribir sobre “El concepto de la vida”.

En estas páginas hemos intentado hacerlo nosotros por nuestra cuenta y con su intimidad al descubierto; con veneración, es cierto, pero también con toda la objetividad que nos ha sido posible lograr dentro de las circunstancias que deforman nuestra personal percepción. Quedan aún muchos detalles por aclarar, pero debemos renunciar a este afán absolutista de quererlo todo, lograrlo todo y aclararlo todo, para poder contemplar mejor un Martí de carne y hueso, complejo y multiforme como es, genial en la simplicidad de su sufrimiento. Y si es cierto, como hemos apuntado, que el sufrimiento suyo fue y es también el de todos los cubanos que viven parecidas circunstancias, la identidad de destino será suficiente para justificarnos. Recordaremos por eso a cada paso, que su hijo Pepe se convierte en *Ismaelillo* porque este nombre significa precisamente “fuerte contra el destino”.